

solidaria que sólo puede emanar de la decisión y del autogobierno individual.

En fin, estas cuestiones son sólo algunas de las muchas que suscita este libro de Fernández Buey, a quien debemos una de las reflexiones más lúcidas y persona-

les desde la que continuar el debate acerca de esos asuntos públicos controvertidos, tras cuya apariencia quizá simplemente teórica también se halla en juego la supervivencia práctica —física y política— de la humanidad.

¿CIUDADANÍA JUVENIL?: ENTRE EL VÍNCULO SOCIAL Y EL PARTICULARISMO

Fredy Aldo Macedo Huamán

ROSSANA REGUILLO,
Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto,
Buenos Aires, Editorial Norma,
Col. Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación,
vol. 3 (dir. por Aníbal Ford), 2000

Las *culturas juveniles* como objeto de reflexión de diferentes ciencias sociales (comunicación, sociología, antropología) constituye, en general, el ámbito de estudio de este libro. Para ello, Reguillo aborda un conjunto de consideraciones teórica conceptuales, así como de aproximaciones empíricas a algunos casos particulares. A partir de una entrada sociocultural, estima la dinámica contemporánea seguida por los conceptos, contextos, enfoques, metodologías acerca de los jóvenes, así como por los propios discursos, prácticas e identidades de ellos. Si bien no descuida las condiciones sociohistóricas que, en la sociedad contemporánea, configuraron a los jóvenes como un sujeto particular (un «nosotros, los jóvenes»), enfoca fundamentalmente las particularidades (y también las analogías y similitudes) de los jóvenes latinoamericanos y, en especial, de ciertos colectivos juveniles de México.

De acuerdo con la autora, la juventud como *categoría social* —así como otras nociones: mujeres, indígenas— es resultado de, y a la vez expresa, un proceso del conocimiento social (un saber) intrínseco a nuestras interacciones. Ahora bien, dada la condición predominantemente acrítica de estas prácticas y formas de conocimiento, aunque no por ello menos complejas, la tarea de las disciplinas científicas es sobre todo *problematizar* su carácter y sus implicancias. A partir de descripciones significativas (conducentes a interpretaciones más abiertas y comprensivas), se interroga las posibilidades y límites de este conocimiento y experiencia de los actores sociales. Sin embargo, no siempre ha sido ésta la disposición asumida por los estudiosos del ámbito especializado. Este mismo tiene sus propios límites e insuficiencias y no se sustrae o no debería sustraerse —al menos para una corriente particular— a un examen autocrítico de sus procedimientos y supuestos.

En primer lugar, la autora se pregunta no sólo qué se ha estudiado sobre los jóvenes sino también *cómo* han sido pensados, cuáles han sido los *modos y esquemas* predominantes de interpretación, así como sobre el carácter de sus conceptos usados. Así, se plantea hacer una —aun-

que sucinta, no obstante— motivadora revisión de las implicancias metodológicas y teóricas de los enfoques más influyentes desde una entrada sociocultural sobre la temática juvenil, identificando sus limitaciones y destacando sus aportes.

Así mismo, encuentra que lo juvenil como categoría revela intrínsecamente una composición heterogénea y diferenciada, no sólo en sus «modos de inserción a la estructura social» sino también en sus pautas simbólicas y subjetivas (30–31). De ahí, la compleja e inasible pluralidad de expresiones que toma y que, según la autora, han sido poco atendidas y profundizadas en sus especificidades e implicaciones. Más bien una simplificación y fragmentación recurrentes le han otorgado una vinculación genérica con la dinámica socioeconómica (su «inserción» o ausencia en la vida laboral, educativa, cívica, etc.). El saldo ha sido desfavorable: la no o la sub-estimación de las particularidades de los actores, así como de sus expresiones subjetivas.

No obstante, manteniendo como criterio el vínculo estructural que poseen o carecen los jóvenes, Reguillo comparte su clasificación en dos tipos: los «incorporados» y los «alternativos» o «disidentes». Constatando que los investigadores han prestado mayor atención a los últimos, indica que ello resulta de una inquietud por las respuestas y posiciones asumidas por el joven con respecto a su entorno institucional.

Pero ¿qué define lo juvenil? Éste es un interrogante elusivo y problemático. Las generalidades uniformizadoras son contra-productivas a un abordaje serio y comprensivo. Muchos autores, de acuerdo a Reguillo, han respondido a tal cuestión recurriendo a una estrategia de «territorialización» que les permita, por sus rasgos situacionales y espaciales, ubicar sus desempeños y percepciones en ámbitos concretos (calle, barrio, *graffiti*). Por su disposi-

ción unilineal y simplista, no obstante, este recurso sobredimensiona el papel de los jóvenes al asignarles, de un modo apriorístico, una disidencia concebida como opción institucionalmente incontaminada. Un proceso análogo parece suceder con ciertas prácticas asociadas a lo juvenil (estéticas, apropiaciones culturales y rituales) y que han sido definidas como sus signos exteriores e identificatorios en el vestuario, los gustos y preferencias del lenguaje corporal, los gestos, las reciprocidades y jerarquías intragrupalas. Estos simbolismos son vistos sin más como datos directos de una opción contestataria de los jóvenes. La concepción acrítica y ahistórica de los escenarios juveniles, así como su estrecho y superficial abordaje descriptivo, indican los límites de esta propuesta.

Reguillo identifica, pero en modo alguno sugiere con ello agotar, «dos momentos o tipos de conocimiento» sobre las culturas juveniles en las ciencias sociales: un abordaje *descriptivo* y un encuadre *interpretativo* o *constructivista* (33). Sobre el primero (aparecido a mediados de los ochenta), la autora enfoca sus insuficiencias metodológicas y teóricas: su perspectiva desmedidamente unilateral acerca de los procesos y dimensiones sociales genera posiciones excluyentes y dicotómicas: émic vs. étic; interior vs. exterior. Este abordaje, incapaz de captar matices y escenarios diversos de implicación, impide un «diálogo epistémico entre perspectivas». El resultado: *reducción descriptiva*, evidencias incuestionadas, encasillamiento conceptual, indiferencia al soporte metodológico y teórico, encuadre esencialista (no comprensivo, no contextual) de los sujetos y procesos.

La concepción *constructivista* encuadra crítica y reflexivamente a los agentes en estudio así como sus propios recursos teóricos. Sus alcances proporcionan importantes pautas: un concepto discursivo del

sujeto («agentes sociales») con capacidad de movilización/apropiación de sus prácticas (simbólicas y sociales), estima del rol negociador y activo (a veces ambivalente) de los jóvenes con la institucionalidad, una visión (auto)crítica y comprensiva, atención fina a matices y tensiones de sus prácticas sociales, contextualización amplia a partir de la influencia de los cambios históricos, reconstrucción discursiva de las representaciones sociales. Para la autora esta perspectiva se esfuerza por constituirse en una «historia cultural de la juventud» y en un enfoque interdisciplinario más sensible al carácter complejo y dinámico de sus tópicos de estudio.

Metodológicamente, la vida cotidiana de los jóvenes es el referente central (el «territorio») para la investigación de los mismos y el eje para captar una variedad de temáticas e inquietudes. En un intento de síntesis, Reguillo encuentra tres vertientes temáticas: a) el *grupo* juvenil, su proceso constitutivo y la dimensión identitaria que lo define; b) la *otredad* o *alteridad* y sus nexos con los procesos identitarios, y c) la *orientación* y las *prácticas organizativas* («proyecto y acción colectiva»).

En el caso de los jóvenes «integrados», los estudios muestran un desbalance, pues enfatizan más los aspectos institucionales (escuela, grupalidades religiosas, desempeño laboral y sindical) que expresiones propiamente juveniles. Como resultado, se producen enfoques parciales. Unos estudios (acerca de los «no-institucionales») sobrestiman las manifestaciones específicas de los actores con un esfuerzo insuficiente en los marcos estructurales. Otros —los de los «institucionales»— van en una vía opuesta. Como alternativa sugiere realizar construcciones más articuladas, con un examen tanto de las tensiones, soportes y quiebras de esos ámbitos como de las influencias de gran escala (local-global).

Postulándose a favor de la juventud como construcción social, Reguillo propone una conceptualización a partir de dos rutas: la «historia cultural de la juventud» y el estudio (empírico) de las identidades juveniles (sus «etnografías»). Con la primera, se estima los condicionantes y soportes contextuales que la enmarcan. Y la otra, se centra en las prácticas concretas, en sus redes formativas e interactuantes en términos grupales o colectivos. Ambas buscan anular el esencialismo (*sólo lo juvenil*) y la *simplificación unitaria* de sus contenidos (lo juvenil como unidad nítida).

Constatando que el interés por la juventud en América Latina ha procedido más de los esfuerzos de las ONGs, y secundariamente del ámbito académico (aunque en México no ocurrió así), Reguillo sostiene que estos campos no han sido convergentes (y menos han contribuido a retroalimentarse) entre sí. Esto ha llevado a que los primeros se queden en un simple activismo espontáneo y que los segundos dispersen su atención a escenarios múltiples con herramientas analíticas inorgánicas y confusas.

El sentirse «jóvenes» paradójicamente connota una apropiación de imágenes y (auto) percepciones muy divergentes. Para los jóvenes sería un referente autocentrado, que parecería que «estuvieran apelando a una verdad de carácter universal y autoevidente». En cambio, los académicos intentan estimarla en su complejidad y variedad y, a su vez, como «categoría sociocultural diferenciable del resto social» (58).

Con un fuerte e intenso desplazamiento de los sentidos de la vida social, lo incierto de la época —insinúa la autora— se convierte en un lugar pluricéntrico (en otros casos, descentrado) que orienta las prácticas y expectativas juveniles. Esto no implica respuestas y perfiles monolíticos de los implicados. Al contrario, existen

varias y marcadas fórmulas, con agentes diversos y papeles colectivos («microdisidencias comunitarias»). De ahí que los cursos alternativos al *establishment* sean a su vez extensamente disímiles: Estarían —sin descartar otros— aquellos orientados a lo colectivo-grupal; uno que tiene un perfil más bien «pragmático» y consumista, y un núcleo más escéptico, cercano a lo anómico. Además, todos parecerían coincidir en una imagen incierta y discontinua del tiempo (en particular, del futuro). Esta inestabilidad con lo temporal posee un nexo, aunque precario, muy estrecho con los espacios institucionales tradicionales (familia, escuela, trabajo). Éstas no sólo se encontrarían en sí mismas desgastadas sino también desfasadas por las culturas juveniles, quienes permanentemente las cuestionan y rebasan sin ser reconocidos por ellas. Así tales instituciones se ven, por un lado, cada vez más inhabilitadas para asimilarse activamente a los cambios sociales y, por otro, incompetentes para incorporar horizontalmente a los miembros de la sociedad: con su lógica sistémica, distante y coercitiva, no convocan esas expresiones juveniles; les han reservado en cambio un discurso presionante, autoexculpatorio y, en los momentos más tensos, estigmatizante.

En este desfase, los jóvenes se mostrarían más aptos para traducir los códigos sociales más dinámicos e interactivos (por ejemplo, en su vínculo con los *mass media*), convirtiendo lo juvenil en una instancia anticipadora de los escenarios futuros. Los jóvenes, portadores de modelos «prefigurativos» (en términos de M. Mead) —rasgo identificado en su capacidad de procesamiento informativo de los medios, para poner un caso—, constituirían, según esta idea, una condensación depurada y renovada de «los procesos de configuración simbólica y social» a nivel planetario. No obstante, en el contexto de

la «sociedad-red» se trastocan los marcos temporales y espaciales. Así, se complejizan aún más las experiencias juveniles y sus representaciones, no sólo por los cada vez acelerados procesos informativos e interactivos que supone sino también por las dimensiones de actuación (territorial-virtual) y de sentido («comunidades imaginarias») que conecta, quiebra o redefine (globalización vs. [re]localización), sea en el ámbito cultural o en el económico. ¿Qué posiciones asumen frente a este panorama los imaginarios juveniles? Es una cuestión aún por investigar. Probablemente, un campo potencial para ello lo constituya el terreno de los «consumos culturales», entendiendo, por ejemplo, ese tejido complicado (de producción de significados y expectativas) existente entre los jóvenes y las industrias culturales.

En el segundo apartado aborda la noción del cuerpo como un elemento culturalmente diseñado y definido: un escenario permeado por el disciplinamiento social. Según el proyecto social que los mediatiza, conforma «territorios» autónomamente expresivos o derivaciones invadidas y controladas para que el ejercicio de tal proyecto sea posible. Por un lado, expectativas y motivaciones convocantes/monótonas. Y, por otro, tensiones y distancias (entre lo rígido y lo alternativo) en el campo de la moral pública. Se trata de un ámbito en suma conflictivo, objeto de disputa y a la vez de búsqueda de reconocimiento, muy conectado con lo que Reguillo —remitiéndose a Foucault— califica como «biopolítica». Ésta tiene como objetivo «el sometimiento del cuerpo a una disciplina que lleva a la optimización de sus capacidades y al incremento de su utilidad» (76). Apelar a los límites derivados de la «biopolítica» permite un recurso crítico no sólo para acceder a las modalidades restrictivas que ella supone sino también a los márgenes de cuestiona-

miento social que motiva o genera. En vínculo con lo juvenil, Reguillo conecta la biopolítica a la problemática racial (asociándola con la pobreza), el consumo, la moral pública y el género.

En un escenario tensado entre una tendencia «homogeneizadora» y una que propicia la «diferenciación y la segmentación» (tanto en sus actores como en sus estructuras), aunado a un debilitamiento, o caducidad, de sus agencias «intermedias», los jóvenes asumen sus colectivos como soportes organizativos e identitarios. A través de ellos constituyen variadas formas de valoración y autodefinición. Entre estos recursos simbólicos resaltan ciertas estrategias «estéticas» por las cuales se apropian de algunos dispositivos, emblemas y expresiones. Su propósito es dotarse de un perfil autoafirmativo ante la sociedad, lo que la autora llama el proceso de «hacerse conocer» o la «dramatización de la identidad» (98). En este capítulo se intenta abordar algunas de las múltiples «identidades juveniles» concretizadas en ciertas adscripciones, sin pretensiones de exhaustividad. Estas agrupaciones o formas de adscripción del ámbito mexicano son los *anarcopunks*, los *taggers*, los *raztecas* y los *ravers*. Se interroga sus reacciones sociales, modos de grupalidad, «proyectos y utopías», orientaciones y desempeños, articulados a otros grupos y a la trama social amplia. Conectadas directamente al eje crítico de la modernidad, ellas son «adscripciones móviles, efímeras, cambiantes y capaces de respuestas ágiles y a veces sorprendentemente comprometidas» (103).

La ciudadanía constituye una dimensión deseable y vital —pero también crítica y problemática como tópico de discusión pública—, en la época contemporánea. En este capítulo final, la autora no intenta comprender la ciudadanía en sí misma sino en conexión con las culturas juveni-

les. El debate sobre ella manifiesta una problemática central: la tensión entre inclusión y exclusión. Para el caso latinoamericano, su carencia, precariedad o fragilidad se relaciona con la «crisis cultural de la modernidad». Una modernidad que se caracterizó por ser un proyecto «eurocéntrico, masculino, adulto y blanco». Esto es, un proceso excluyente de ciertos grupos sociales —como los indígenas, negros y mujeres— los cuales fueron vistos como desechables e incoherentes con la vía moderna. En esta dinámica la misma ciudadanía lleva el sello de esta ruta, convirtiéndose en un «modelo restringido». Así, en un escenario de recomposición de los vínculos entre lo local y lo global, las culturas juveniles asumen un rol protagónico al «inventar territorios» que no sólo «visibilizan» el colapso de la modernidad, sino también al hacerlo la critican y cuestionan profundamente en sus fundamentos. La polaridad local/global complejiza aún más estas manifestaciones excluyentes de la modernidad. Por ello la necesidad de revisar el esquema «clásico» de ciudadanía y replantearlo en contraposición al contexto excluyente presente, apuntalando una efectiva inclusión social.

La «visibilización» es parte de una condición social inestimada —pero existente— evidenciada por los propios vacíos y límites de la modernidad. Pero también constituye una estrategia política deliberadamente implementada por los grupos excluidos; quienes con demandas específicas y prioritarias para sus identidades redefinen la esfera pública. Los «excluidos» (mujeres, indígenas, jóvenes) asumen por iniciativa propia la reivindicación de sus identidades haciendo notar la «incapacidad de este modelo [de modernidad] para incorporar la diferencia» (147). Por ejemplo, las culturas juveniles, con la «dramatización de su identidad», muestran el declive de ese modelo al dis-

tanciarse del papel de los Estados autoritarios y de su incompetencia para alcanzar un desarrollo socioeconómico incluyente e igualitario. Una alternativa enarbolada por estos sectores subalternos es aquella que invoca a la «ciudadanía cultural». Esto es, aquella que alude al «derecho a la ciudadanía desde la diferencia» (148). Además, las agrupaciones de estos sectores están motivadas por una intervención activa en la esfera pública y no por la consecución del poder gubernamental.

En el ámbito de la sociedad global y en particular en el de las culturas juveniles, ese proceso estaría denotando cambios sustantivos no sólo en el modo —sino también en la percepción— que se tiene de la política (así como de los parámetros del tiempo y el espacio). En el debate público de fondo, emerge como significativa y crucial, pues, la dimensión cultural.

La autora para intentar ordenar la reflexión en torno a esta cuestión en conexión con el papel de las culturas juveniles, esboza algunos interrogantes y consideraciones previas. Se plantea una pregunta —que parece ser eje orientador de otras—: «qué es lo que [los jóvenes] están tratando de decirle [con sus “productos y procesos de producción cultural”] a la sociedad en términos de configuraciones cognitivas y configuraciones afectivas y, especialmente, de configuraciones políticas» (152). Al respecto, ya había adelantado que «los jóvenes, aunque de manera balbuceante, están inaugurando “nuevos” lugares de participación política, nuevos lugares de enunciación, nuevos lugares de comunicación» (149). Más adelante se refiere a ellos como uno de los territorios con «altísima densidad significativa para pensar la sociedad» (154).

Al igual que la «narrativa» de la diferencia cultural (para ella: rasgo constitutivo de las modernas democracias), también la «irrupción en la escena política de

las dimensiones de la vida privada y cotidiana» ha trastocado la noción de ciudadanía trascendiendo sus contenidos clásicos: civil, político y social. Concebida a través de éstos fundamentalmente como una condición jurídica, van a ser los «movimientos sociales» los que con su papel activo se encargarán de mostrar sus límites conceptuales y vacíos prácticos. La ciudadanía será vista más bien como una articulación sostenida y global de las identidades sociales propias de los actores públicos habilitándolos para una intervención efectiva y competente en su comunidad. Las colectividades apuntarían a una ciudadanía que invoca la «diferencia cultural» como el eje destinado al logro de la igualdad. En el caso de los jóvenes, su vinculación a este tema y los rasgos que los definen con respecto a ello serían: políticas sociales y públicas restringidas para atenderlos; desorientación ante y desconocimiento de las instituciones sociales; estigmatización y represión de éstas; verbalización frágil de su adscripción ciudadana, y estimación práctica y activa de la ciudadanía. Conceptualmente, resulta crucial redefinir la ciudadanía como proceso sociológico. Esto implicaría, por ejemplo, reconocer que además de sus soportes objetivos, ella posee un rasgo afectivo sustantivo, el mismo que impulsa sensibilidades con implicancias difusas y complejas. Por último, el conocimiento sobre la ciudadanía juvenil se ve ampliamente enriquecido al incorporarse la dimensión cultural. En conexión con lo anterior, es vital por lo tanto, atender los modos de participación juvenil en su complejidad, más allá de los entornos institucionales.

En un intento de captar sus posibilidades conceptuales y políticas, el argumento central de Rossana Reguillo atiende las relaciones entre culturas juveniles y culturas políticas. Es por esta ruta que nos plantea no sólo un vínculo positivo entre

ellas, sino también deriva del mismo un impulso endógeno hacia una ciudadanía específica y «diferenciada»: la ciudadanía juvenil. Según su tesis los jóvenes poseen identidades concretas, políticamente implicadas como expresiones no institucionalizadas, intermedias e informales; y es en este proceso identitario que configuran una ciudadanía concreta, definida a partir de sus diferencias como grupo («ciudadanía juvenil») enfrentada a la ciudadanía formal y clásica definitivamente excluyente y homogeneizante.

Reguillo se adscribe teóricamente a la propuesta de Renato Rosaldo sobre la «ciudadanía cultural» (148, 159). Los planteamientos de este autor, a su vez, se basan en la noción de «ciudadanía diferenciada» de Iris Young, quien en su *Justice and The Politics of Difference* (1990) no sólo sustenta la política de la diferencia (o lo que otros llaman «política de identidad» [PI]) sino también la promueve y defiende como la vía alternativa más pertinente para superar la exclusión y homogenización de la ciudadanía universal y moderna. Enfrentada de un modo irconciliable y contundente a todo proyecto social pretenciosamente unitario o abarcativo como el promovido por el universalismo moderno, ésta es una línea político-cultural que tiene como eje la defensa acérrima de las particularidades y/o diferencias culturales de los grupos sociales.

Si bien —como se vio— desarrolla ampliamente tópicos más concretos sobre las culturas juveniles [...], no obstante éstos quedan subsumidos a su planteamiento central. A fin de cuentas, los mismos serían simplemente «formas de actuación no institucionalizada» (14) que no se restringen a las modalidades tradicionales de ejercicio del poder.

Creemos que Reguillo desarrolla un tratamiento muy limitado y, en gran parte, equívoco e inadecuado cuando asocia

las culturas juveniles y las culturas políticas. Sobre todo cuando estas últimas parecen connotar sin más orientaciones cívicas. En la medida en que la conexión entre lo juvenil y la ciudadanía no es problematizada, muchas veces lo que puede asumirse es que se da por sentado un vínculo necesario y positivo entre ambos planos. Pero, ¿pueden ser siempre orientadas las identidades en términos políticos o, más específicamente, cívicos? Asumiendo que lo sean en algunas condiciones, ¿cuándo y bajo qué circunstancias ocurre ello? Aceptando que posean algún alcance como el sostenido, ¿son una condición suficiente para la práctica de la ciudadanía? O por el contrario, ¿son ellas un factor conceptual y políticamente válido y fuerte a incorporarse en la construcción de la ciudadanía? Además, ¿por qué gran parte de las identidades de los jóvenes tendrían que tener automática y necesariamente una expresión u orientación política?

De cualquier modo, sería errado y excesivo definir como particularista su postura, pese a su afinidad y cercanía explícita con las premisas de tal opción. Su orientación es más moderada, está muy alejada de las vertientes más rígidas y maximalistas como sí sucede en otros casos. Por otro lado, creemos que su propuesta, no obstante tener un carácter restringido y equívoco, no deja de ser polémica y singular. Pues aunque profundiza sobre la mencionada relación positiva, ello no conlleva que ignore los límites e insuficiencias de tal nexo. Como señala reiteradamente es consciente de que, por generalizaciones no problematizadas o debidamente acotadas, se descuide el riesgo de caer en una posición apologista o unilateral de las identidades juveniles. Incluso, en algún momento llega a reconocer los límites, restricciones o condicionantes para la acción política o cívico-comunitaria

ria de ciertas agrupaciones juveniles (una de cuyas manifestaciones llama atinadamente *ghetización*) (150). Pese a esa nota de cautela, no es aquí donde concentra y profundiza su atención.

Finalmente, por su compromiso teórico relativamente incuestionado con la perspectiva particularista, parecería pasar por alto respuestas más detenidas a aspectos fundamentales como: los agentes y condiciones que hacen improbable o insostenible esa relación, la variabilidad y los contenidos específicos de las culturas políticas de los grupos sociales, las rutas contrapuestas a (o debilitantes de) una orientación civil y democrática, el peso (y

la pertinencia) de las diferencias culturales frente a los referentes compartidos en la política democrática de las sociedades, etc. ¿Qué respuestas da la PI a estas cuestiones? ¿Qué cabida tiene en ella la orientación hacia los valores compartidos y la construcción del bien común? ¿Cuál es la pertinencia y alcance de las identidades sociales en la política democrática? ¿Cómo pueden articularse a las tareas cívico-políticas? ¿Deriva siempre la búsqueda de la igualdad en un sentido homogeneizante y excluyente? ¿Debe descartarse del todo el universalismo (sobretudo si se trata de uno de carácter democrático, secular y humanista)?

INVESTIGACIÓN Y FEMINISMO HOY EN ESPAÑA: APUNTES SOBRE UNA PRESENCIA CRECIENTE

Luisa Posada Kubissa

C. AMORÓS PUENTE (ed.),
Feminismo y filosofía,
Síntesis, Madrid, 2000
P. PÉREZ CANTÓ,
También somos ciudadanas, Univ.
Autónoma de Madrid, Madrid, 2000
A.M. PORTUGAL Y C. TORRES (eds.),
«El siglo de las mujeres»,
Isis Internacional, n.º 28 (doble),
Santiago, Chile, 1999
ALICIA H. PULEO, *Filosofía, género
y pensamiento crítico*,
Univ. de Valladolid, 2000

Mary Wollstonecraft, en su ya clásico libro de 1792, *Vindicación de los derechos de la mujer*, exhortaba a las mujeres de su época como sigue: «Si la sabiduría es de-

seable por sí misma, si para que la virtud merezca ese nombre debe fundamentarse en el conocimiento, esforcémonos por fortalecer nuestras mentes mediante la reflexión hasta que nuestras cabezas sean el fiel de nuestros corazones».¹

Sin duda, esta cita encontraría eco en la tarea imperativa que muchas de sus herederas se han propuesto para recuperar el legado de la voz o, mejor dicho, de las voces, que en nuestra historia del pensamiento han reclamado la igualdad femenina y han apuntado la urgencia de la emancipación de este sexo. Y en esa tarea de la recuperación de la genealogía feminista ha sido también la propia Wollstonecraft una de las primeras rescatadas del previsible naufragio entre el temporal del olvido de la historia.